



CONOCDO 2011

Una casa habitable para el hombre

Intervienen

- Cristiana Poggio, Vicepresidenta de la *Fundación de Piazza dei Mestieri* de Turín
- Javier Prades, Decano de la Facultad de Teología de San Dámaso

Modera

- Ettore Pezzuto, Presidente de la *CdO España*

Madrid, 16 junio

Ettore Pezzuto

Buenas tardes. Bienvenidos a este encuentro que organiza la Compañía de las Obras, la CDO.

Ya llevamos varios años realizando un evento al principio del verano para vernos, para valorar un poco qué ha pasado durante el curso y para invitar a amigos a que nos cuenten un testimonio de su obra, de su trabajo.

Este año ha sido muy importante porque la CDO, que lleva en España más de diez años, ha dado pasos muy significativos. Antes, en la asamblea que hemos tenido con los socios, se ha dicho una cosa que yo tampoco conocía, la CDO ha organizado eventos durante ciento un días durante el año. He pensado que prácticamente casi trabajamos más para la CDO que para nuestro propio trabajo. Es importante porque a veces uno no se da cuenta de la envergadura, de la cantidad de cosas que puede hacer esta compañía, que no deja de ser pequeña y de tener su presencia en España.

Esta noche estoy muy contento de tener aquí a dos amigos. Sabéis que la CDO es una compañía de amigos, siempre lo decimos, es una compañía, una amistad operativa. Nosotros la entendemos a partir de la tensión ideal que nos reúne, nosotros estamos juntos porque somos amigos, porque queremos compartir la inquietud de todos los deseos que tenemos a partir de nuestro trabajo y de las obras que representamos.

Muchos de vosotros sois empresarios, otros sois directivos o empleados de empresas de todo tipo, y otros sois personas que representan una obra social, una ONG, esto es el mundo que nosotros llamamos de forma coloquial *non profit*, sin ánimo de lucro, que en CDO España es muy importante y está muy presente. Yo siempre doy gracias por esta presencia que nos constituye y que es un poco la particularidad de la CDO, porque hoy hay amigos que vienen por primera vez y quizás conozcan menos que la particularidad de la CDO es esta amistad operativa entre profit y non profit. Y hablando del *non profit*, esta tarde tenemos, como decía, dos amigos.

Hemos querido invitar a Cristiana Poggio, que viene de Turín, es la vicepresidenta de la Fundación de Piazza dei Mestieri de Turín; Piazza dei Mestieri que en español se podría decir la Plaza de los Oficios, una cosa bellísima. No añado más porque es muy bonito lo que han creado ella y sus amigos, que además son mis amigos de la infancia, pues hemos estudiado juntos en el Liceo, y en la universidad de Turín. Luego nos separamos, pero seguimos unidos.

También tengo el placer de tener aquí a Javier Prades, Decano de la Facultad de Teología de San Dámaso. Lo conocéis todos, probablemente es la más importante de todo el mundo, aunque no sé si es políticamente correcto decirlo, y por supuesto de España.

Los dos nos van a contar qué hacen, cómo viven su obra.

Sabéis que el manifiesto de las obras de este año de la CDO, tras el del año pasado que fue muy bonito con una frase de Einstein sobre el sentido de la crisis y la imagen de un barco que se enfrentaba a la tempestad, este año representa una fábrica del siglo pasado con unas grandes maquinarias y unos hombres vestidos todos iguales, que silenciosamente cumplen su obra, su trabajo; lo acompaña una frase muy bonita del Cardenal Newman, beato Newman, recientemente beatificado por el Papa Benedicto XVI y que hemos querido poner como ayuda para el trabajo en este año. Es una frase que habla de los monjes de la Edad Media, de cómo trabajaban silenciosamente, pero que ese trabajo silencioso cambió el mundo de entonces. Un poco, con el debido respeto y la debida preocupación de no sentirnos iguales, en cierto modo nos gusta pensar que nuestro trabajo hoy, muchas veces silencioso, tiene la misma densidad y la misma tensión.

Por deber de hospitalidad, dejamos primero a Cristiana la palabra.

Cristiana Poggio

Buenas noches a todos; gracias a todos, gracias Ettore.

No quiero vivir inútilmente. Esta es mi obsesión, “la vida es para la felicidad de los hombres, para la amistad con Jesús”. Esta es una frase que D. Giussani escribió a su amigo Angelo Majo en 1945, cuando tenía 23 años. ¡Qué frase ésta! Es una frase que lo tiene todo dentro; tiene las ganas de vivir, tiene el deseo de que la vida tenga un sentido, tiene también una obsesión, un pensamiento dominante, como diría Leopardi. Cuando he oído esta frase la he sentido, la he percibido inmediatamente adecuada a lo que yo sentía, a lo que yo percibía. Es una frase que muchos de nosotros podríamos decir, todos aquellos que somos emprendedores, empresarios. Todos podríamos decir: “yo no quiero vivir inútilmente”.

Estoy casada desde hace veinticinco años, tengo tres hijos ya mayores, desde hace casi treinta años soy emprendedora y esto surgió más bien de una manera inesperada. Digo por un lado inesperado, y también sorprendente, porque yo nunca habría pensado que sería emprendedora.

Yo era profesora de Humanidades, que era lo que me interesaba, lo que me gustaba y. Pero llevaba dentro esta semilla, no quería que mi vida fuera inútil y siempre he buscado la forma de que la realidad me desafiara, para así poder responder y buscar esta utilidad en la vida. Sin embargo, el verdadero problema para un emprendedor como yo es, en definitiva, entender qué quiere o vivir de una forma inútil.

Cuando estaba en la universidad, creía que bastaba con hacer cosas. Con sólo veintidós años, dirigí una cooperativa universitaria, precisamente Ettore me pasó el testigo y me pasó esta responsabilidad.

Pero he tenido una gran suerte en la vida que es la de haber tenido siempre grandes amigos a mi lado. Entre estos se encontraba Marco, un chico que amaba muchísimo la vida y que de forma inesperada, completamente inesperada, el 4 de septiembre de 1986, mientras estábamos de vacaciones en la montaña él, que era un alpinista experto, tropezó con una piedra que se desprendió, cayó y murió. Para nosotros sus amigos quedó un gran vacío, para Marco el Paraíso, pero para nosotros este vacío que nos ha hecho percibir con claridad que en la vida está la idea del límite y no hemos salido de esta contradicción.

¿Cómo puede la vida ser útil cuando basta que se desprenda una piedra y que todo acabe? La realidad nos pone delante mil desafíos y, sin embargo, nos quita a aquel amigo con el que queríamos haberlos abordado. Frente a una contradicción de esta naturaleza, uno puede escapar o puede intentar abrazarla y, abrazándola, nos damos cuenta que de una forma sencilla nos hemos ido haciendo cada vez más amigos entre nosotros y nos han nacido las ganas de construir fragmentos de civilización, de humanidad, cada vez más hermosa, hasta llegar a haber podido construir lo que llamamos la *Piazza dei Mestieri*, la Plaza de los Oficios. Os digo dos cosas sobre ella y luego vemos un vídeo.

Nosotros, como amigos, hemos empezado a ocuparnos de la formación profesional y yo he asumido la responsabilidad de una sociedad que se encarga de impartir formación profesional que, a día de hoy, tiene una facturación de diez millones de euros, once sedes y ciento cincuenta empleados. Os cuento esto porque yo no quería, no había pensado, dedicarme a ser emprendedora pero, trabajando en la formación profesional, nos dimos cuenta de que había un montón de chavales que corrían el riesgo de ser marginados por la sociedad, chicos que habían acabado fatal en el colegio, en el instituto, que tenían una familia completamente deshecha y que vivían en una situación grave de carencia económica, social y cultural, e intentamos hacer algo, ponernos manos a la obra.

No hemos querido hacer un trabajo abstracto, sino que quisimos implicarnos con ellos para comprobar que tenían los mismos deseos, las mismas exigencias que nosotros.

Conseguimos comprar un edificio, que ocupa una manzana en una antigua zona industrial en el centro de Turín, de siete mil metros cuadrados; buscamos financiación en algunas instituciones para rehabilitarlo y abrimos en 2004. Hoy entran allí, a diario, quinientos cincuenta chicos de entre catorce y dieciocho años con historias increíbles a sus espaldas.

Pero el verdadero reto de la Plaza de los Oficios ha sido situar la formación junto con la producción, junto al trabajo. El trabajo ha sido nuestro aliado; los

chicos aprenden, adquieren una cualificación profesional y pueden trabajar. Nosotros, por ejemplo, producimos artesanalmente chocolate y cerveza; en la Plaza hay un pub y un restaurante abiertos siempre al público, hay una imprenta y un salón de belleza. Llamamos a esta iniciativa Plaza de los Oficios, porque las antiguas plazas eran lugares donde la gente, se encontraba. Se encontraban generaciones distintas, de raza y etnias distintas y se aprendían los oficios simplemente mirando a los artesanos, viendo trabajar a los maestros artesanos. Por otro lado, la palabra oficios pone de manifiesto que las manos del hombre son unas manos inteligentes que pueden producir belleza.

La escuela italiana, creo que la española también, es una escuela que se ha quedado sólo en lo académico, en lo técnico, y de hecho tiene un fracaso del veinte por ciento anual. Con estos chicos ha surgido una gran unión, porque la educación al final se convierte en un pegamento, en una cola y no conseguimos quitárnoslos de encima. Nuestra relación con ellos siempre tiene algo de imprevisto, me cambia a mí y les cambia a ellos. Pero siempre hemos tenido claro que esto emergía, surgía de un amor, de esa frase de D. Giussani inicial “de no querer vivir inútilmente la vida”.

Los chicos llegan allí a las ocho de la mañana y se ayudan entre ellos a preparar el desayuno, todos juntos. Luego empieza la clase; durante siete horas aprenden, por un lado, lengua italiana, matemáticas, informática y, por otro, aprenden también un oficio. Al mediodía pueden hacer teatro, poesía, bailar y al terminar tienen la posibilidad de pasar a hacer alguna actividad de producción.

Es hermosísimo ver cómo estos chicos cambian, cómo cuentan lo que están viviendo. Os cuento una historia: Un día Evans, que es un chico con un gran físico, con el pelo larguísimo por debajo del hombro, se acerca y me dice *“le tengo que decir cuándo yo me siento libre, me siento libre cuando bailo”*, y lo entiendo, porque Evans es bailarín de break dance. Luego me dice, *“me siento libre cuando trabajo”*. ¡Imposible! Evans con diecisiete años y trabajando de panadero, es imposible. Entonces le pregunto “¿Por qué?, ¿cómo es posible decir esto con diecisiete años?” Y responde *“Es muy fácil. Como me ha enseñado mi maestro Tino (es un maestro panadero), el pan es como una persona que nace, que yo ayudo a que crezca y que finalmente muere y así, estando frente al pan como a una persona, yo me siento libre”*. ¿Entendéis la importancia de un maestro que puede introducir a un chico en la realidad, hasta llegar a descubrir cuál es la libertad?

Para volver a la pregunta inicial, ¿es útil lo que estoy haciendo?; los periódicos escriben un artículo y dicen que sí, el alcalde de Turín dice que la Plaza es la cosa más grande de Turín y yo debería estar contenta porque la cosa más grande de mi vida parece que finalmente ha sido útil. Sin embargo, nace una pregunta ¿cómo puedo estar contenta? ¿Es quizá fruto de todo lo que he hecho con mis manos? Esta pregunta está ahí todos los días. Yo he puesto todas mis energías para construir esto, he visto crecer esta obra, pero no es mía, no la he hecho yo, ni siquiera el grupo de amigos juntos.

En la realidad de la empresa hay siempre algo que excede. Creo que esta es una de las experiencias más dramáticas que los emprendedores y los gestores serios hacen en su trabajo, sobre todo cuando tienen éxito, porque si las cosas van mal, van mal; pero si las cosas van bien, hay un momento en el que yo seguro que estoy contenta pero, si soy leal, me tengo que preguntar ¿esto es fruto de mi capacidad?

La verdad, sinceramente, es que yo no me he podido responder nunca a esta pregunta con un sí. Se puede responder de muchas formas, al final es la conjunción de los astros, la bonanza económica lo que lo hace posible. Pero yo siempre me he dicho, de la misma forma que yo no me doy el aire para respirar, de la misma forma que Marco no ha decidido dejar de respirar, no os había dicho que la Plaza de los Oficios está dedicada a Marco, por la misma razón tengo que ser capaz de descubrir en la realidad algo que yo no pongo ahí,

yo no sería capaz de llevar adelante esta tensión por la vida por mí misma, sola, es demasiado cansado, costoso y, por eso, es necesario que estén los amigos junto a mí.

La Plaza ha nacido de una herida, por ver cómo eran los jóvenes, y de una gran amistad. Por eso, para mí, en estos años la relación con la Compañía de las Obras en Turín ha sido decisiva. No es una asociación que me permite hacer las cosas mejor de lo que yo ya las hacía, sino que se trata de un conjunto de amigos que me ayudan a abordar la vida de todos los días, llegando incluso a pagar los sueldos, los salarios, a alcanzar el presupuesto económico, tener que mandar a casa dramáticamente a algunos, etc. Amigos que me han permitido tener la cabeza alta cuando yo estaba apesadumbrada. Como ha dicho Ettore, en la Compañía de l

as Obras siempre hay un criterio ideal, una amistad operativa. La Plaza de los Oficios no habría sido posible sin esto.

Ettore Pezzuto

Agradezco muchísimo a Cristiana su testimonio.

Estáis todos invitados por supuesto a Turín, aunque algunos de los aquí presentes sé que ya han ido, ya que merece la pena verlo en vivo, ver a los chicos mientras hacen el chocolate. Además yo soy hijo de panadero, por lo que me emociono cada vez que voy allí.

Ahora doy la palabra a Javier Prades

Javier Prades

Muchas gracias. Yo también quería, lo primero, agradecer la invitación de la Compañía de las Obras para compartir esta tarde sobre lo que significa el trabajo que uno hace y la tarea que desempeña.

De lo que yo voy a hablar es de una realidad, la que me toca a mí todos los días que por el momento se llama Instituciones Académicas San Dámaso y que, si Dios quiere en no mucho tiempo, se llamará Universidad San Dámaso, que es una pequeña realidad académica de la diócesis de Madrid dedicada a las disciplinas más directamente relacionadas con la misión de la Iglesia, Teología, Filosofía, Derecho Canónico, Filología clásica y oriental; este tipo de materias poco habituales. ¿Qué es esto? Dos pinceladas para situarnos.

El origen de esta Institución es el seminario de Madrid, el centro de estudios del seminario de Madrid de hace muchos años que ha conocido, en los últimos diez o quince años, una transformación, que está todavía sucediendo y en la que estamos muy metidos ahora mismo, por la cual de ser efectivamente un centro de estudios dedicado básicamente a la realidad de Madrid, en estos años ha ido creciendo en varios sentidos.

Está creciendo en un primer sentido institucional. Es decir, lo que era hace quince o veinte años un seminario pasó a ser una Facultad de Teología, por lo tanto con un reconocimiento universitario del mayor rango posible. Y sobre esa Facultad de Teología están naciendo alrededor, o han nacido ya, otras facultades de esas otras disciplinas y, en principio, en el tiempo que sea, esperemos que no mucho, toda esta realidad se unificará en una Universidad. Esto conlleva muchos cambios, desde estatutos y concepción de los centros, en la concepción de lo que son los profesores, en el puro orden de la organización académica; muchas variaciones muy profundas que van acompañadas, como es inevitable ahora en España, por la adaptación a Bolonia. Por lo tanto, un primer ámbito de estas instituciones es la transformación profunda institucional debida a la propia vida de San Dámaso y a la implantación de Bolonia.

Pero junto a este aspecto institucional, eso que podríamos identificar en el concebir jurídicamente estos centros, ¿cómo son los profesores?, ¿qué derechos tienen?, ¿cómo se concibe la participación de los estudiantes?, ¿cómo se concibe el gobierno de estas instituciones?, etc., hay también un segundo aspecto de transformación que es el crecimiento interno, es decir el hecho de que hay - gracias a Dios seremos un poco excepcionales, pero también esto hay que decirlo - más alumnos de los que había, que están creciendo y esto conlleva también una transformación muy importante en la conciencia de las personas que están allí.

¿Hacia dónde vamos? Es difícil hacer de adivino, pero la impresión que yo tengo es que lo que hasta no hace muchos años era un centro de estudios volcado sobre Madrid, hoy ya tiene unas aperturas importantes hacia el resto

de España por distintas razones. Por un lado vienen alumnos a estudiar al segundo y al tercer ciclo, al master y al doctorado, alumnos de muchos lugares de España, y luego San Dámaso tiene lo que en el lenguaje propio de las instituciones académicas de la Iglesia se llaman centros vinculados, es decir, otros centros de estudios teológicos en siete lugares de España cuya formación académica depende de nosotros.

Y un tercer nivel de evolución, nunca conocida hasta ahora en Madrid, es que este centro académico con base en Madrid con implicaciones a nivel nacional, las tiene también internacionalmente por los mismos motivos. Por un lado hay algunos centros de estudios directamente vinculados con nosotros en América Latina y en África y por otra parte hay alumnos, muchos alumnos de muchos lugares del tercer mundo, y es una de las cosas que a mí más me llama la atención, que están viniendo a estudiar con nosotros. Esto obliga a cambiar de mentalidad muy profundamente, porque todos los mecanismos del funcionamiento académico y todos los mecanismos, los hábitos de las personas, en muy pocos años, se ven obligados a dilatarse y a medirse con desafíos que antes no teníamos. Por lo tanto, estamos en un momento lleno de desafíos donde me he encontrado yo ahí de repente, en medio, sin comerlo ni beberlo.

Con respecto a lo que ha dicho Cristiana, hay una semejanza y una desemejanza. La semejanza, me he dado cuenta ahora, es que llevo dos años haciendo este trabajo y no hubiera pensado nunca hacerlo, porque las circunstancias que llevaron a que ahora yo sea el responsable último de todo este complejo académico tiene que ver también con una muerte prematura, de montaña, inesperada también, del que era mi predecesor que falleció de una manera, toda muerte lo es, inesperada e inimaginable, de repente. Ese dato y otros que ahora no es tiempo de recordar hacen la posibilidad de que yo desempeñase este trabajo hace dos años y medio era simplemente cero, y de la noche a la mañana, por una serie de conexiones y de circunstancias, me encuentro haciendo algo que no había hecho nunca y que nunca pensaba que hubiera tenido que hacer.

Lo primero que voy a decir es lo que más me importa y luego intento añadir tres o cuatro observaciones. Lo que más me interesa es lo que digo ahora, en primer lugar. En este contexto, es decir, una institución pequeña en expansión y por lo tanto sometida a muchos desafíos, desafíos institucionales y desafíos personales, donde yo me he venido a encontrar inesperadamente en el puente de mando, lo que más me ha ayudado y lo que más me importa de todo con diferencia es que el cúmulo de estas circunstancias inesperadas yo lo he podido ver desde el principio como una interpelación, una provocación, llamémoslo así, como queramos, una llamada, si queremos usar esta palabra, que no era solamente profesional, sino vocacional.

¿En qué sentido uso estas dos expresiones? Digo que no era un cambio en mis circunstancias simplemente profesional, en el sentido de que hacía unas tareas antes en la vida y ahora he pasado a hacer otras, sino vocacional; lo

que quiero decir es que, desde el principio, a mí me ha parecido esta perspectiva, no solo un cambiar de trabajo, sino en un cierto sentido cambiar de vida, aunque pueda parecer un poco excesivo. O dicho de otro modo, lo que estaba implicado en el aceptar este trabajo, que es un trabajo, era que hiciese posible el crecimiento de mi persona y no sólo de la tarea que tenía que desarrollar. Yo he percibido desde el primer momento, que la única condición para que yo aceptase este reto era que yo pudiese verificar que haciendo este trabajo podía seguir creciendo humanamente, creciendo en el camino de mi vida y no sólo ocuparme de ciertas tareas, algo diferentes de las que desempeñaba antes.

De hecho, para mí ha sido decisivo empezar así el trabajo, como una implicación de toda mi vida y toda mi persona en esta responsabilidad. Y me interesa mucho subrayarlo, porque es el único modo de no sucumbir totalmente a uno de los riesgos a los que estamos todos expuestos cuando tenemos por delante mucho trabajo y nos gusta trabajar. Anticipo algo que iba a decir después. Yo he visto a mi padre siempre trabajar; mi padre tiene ochenta y cinco años, está jubilado desde hace veinticinco y no para, ¡se morirá trabajando! Yo eso, como lo he visto siempre, lo respeto, lo quiero y lo admiro. Yo no soy de los que tienen como ideal de vida la hamaca, comprendo que los hay, es respetable, no lo voy a discutir con nadie, pero desde luego a mí que no me busquen entre los fans de la hamaca, porque es algo que no comprendo, simplemente no lo comprendo y, por lo tanto, me parece excelente que uno quiera trabajar, que le guste trabajar y que dé a su trabajo todo lo que tiene. Pues bien, el riesgo de los que pensamos así es quedar atrapados por el trabajo, con un término bien conocido, sucumbir al activismo, es decir, descubrirse que uno está en la postura en la que saca las cosas adelante.

La vida, el ir a trabajar todos los días, consiste en sacar las cosas adelante. Yo cuando detecto esto en mi camino, y lo detecto, agradezco que el inicio de mi trabajo haya sido como he descrito, porque si no fuera así yo ya no tendría escapatoria, no me quedaría más remedio que estar atado, pero atado como un tormento a la necesidad de trabajar para ser alguien, para hacer algo, para cumplir esta inclinación o algo así. Y sin embargo, la perspectiva a la que me estoy refiriendo que he llamado vocacional me ayuda a corregir y a rectificar, a gustar las cosas de una manera muy diferente.

Intento explicar un minuto más, porque sé que son cosas muy difíciles de comunicar y no inmediatamente fáciles. Para decir también lo que quiero decir, recurro también a una distinción que yo aprendí y sigo aprendiendo de D. Luigi Giussani, a quien ha hecho referencia antes Cristiana. Él establece una diferencia, que ha repetido muchas veces, entre tener tareas en la vida o tener un destino en la vida, e insiste en la diferencia en italiano entre *compito* y *destino*, la tarea y el destino.

Por el hecho de vivir, todos tenemos tareas, no hay nadie en este mundo que viviendo no tenga que asumir alguna tarea, educar a los niños es una tarea, ganar el sueldo del mes es una tarea, hacer frente a las cosas es una tarea, la

vida está llena de ellas y ya he anticipado antes que a mí me parece bien, yo creo que la vida implica las tareas; si no existieran, la vida no daría lo que puede dar. Por lo tanto, a mí me parece una cosa buena el tener tarea, el tener qué hacer. Usemos una palabra española, muy sonora y muy bonita, un quehacer. La vida es un quehacer, es verdad, pero no es suficiente. Porque como decía la tarea o el quehacer, le come a uno.

La vida es un quehacer por aproximaciones. Ninguno sabemos siempre todo lo que hay que hacer en todas las tareas. Yo me descubro no sólo porque he llegado aquí de imprevisto y me he encontrado con el tren en marcha a toda velocidad y la locomotora llena de botones y me pregunto dónde tocar no vaya a descarrilar todo esto. No sólo que las aproximaciones son por algo coyuntural, algo que me sucede a mí, me he encontrado con algo de repente en una maquinaria que ya estaba funcionando, sino que la vida es esencialmente un camino por aproximaciones.

Todos nosotros entramos en la relación con las tareas, de una manera, aproximándonos, tanteando, a tientas; es un quehacer a tientas, tanteamos y nos equivocamos muchas veces porque nadie nos ha dado un libro de instrucciones tan perfecto en el que se puedan desempeñar a las mil maravillas todas las tareas que se nos piden. Yo no sé, pero creo que es una condición compartida, no sé exactamente cómo tengo que afrontar todos los retos y todos los desafíos con los que me encuentro y repito, no sólo porque yo no estaba preparado de antemano para este trabajo, para esta tarea, sino porque es algo que tiene que ver profundamente con el itinerario de la vida.

¿Cómo se puede, pues, caminar en la vida por aproximaciones, sin quedar paralizado por la incertidumbre, cuando tanteas y no sabes? Podría suspender las decisiones o tomarlas sólo como un peso. Creo que en estos momentos, donde se percibe este carácter del quehacer y de la aproximación en la tarea, la claridad sobre lo que he llamado la relación con el Destino es un factor esencial para no quedar paralizado por la incertidumbre. Dicho de otra forma, sólo si uno tiene una clara conciencia de la concepción de su trabajo que implica, no sólo la tarea, sino el destino, la vida sigue siendo siempre un camino de aproximación por el cual se puede transitar sin quedar paralizado por la inseguridad de lo incierto. Luego al final diré una breve cuestión sobre cómo esto lo reconozco en concreto, pero resumiendo este primer punto, el único que me interesa de verdad y en el que me quería concentrar: si el modo de concebir el trabajo no está unido desde el principio el aspecto profesional y lo que he llamado el aspecto vocacional, es irresoluble el drama de la provocación que la tarea de trabajar nos pone a todos cada día, mientras que lo que está unido en el origen se puede vivir a lo largo de todas las aproximaciones, de todos los errores, de todas las tentativas y de todos los esfuerzos.

En este contexto, empezando a trabajar así, porque uno siempre empieza con una tensión ideal, la cual abraza y se interesa y luego te descubres tragado, absorbido por las cosas, en este marco que yo he mostrado, indico ahora dos o

tres cosas más relativas al desenvolvimiento habitual del trabajo y también una desemejanza. La semejanza es que ha habido un accidente en montaña en el relato de la *Piazza dei Mestieri* y en el relato que yo estoy diciendo, y la desemejanza es que yo no traigo un vídeo sino que tengo que recurrir a la narrativa tradicional, como se ve, y no tengo más recursos que las palabras para hacer brotar la fantasía de los oyentes y que se vean paseando por los pasillos de San Dámaso.

Yo me he encontrado al llegar allí con todos los equipos hechos, un poco por esta razón a la que me he referido, he llegado a un sitio en el que está todo el mundo en su sitio. Cuando llegué, me senté en una silla y todas las sillas de alrededor estaban ocupadas, desde las secretarías hasta los empleados de todo tipo, sobre el número de empleados y el presupuesto anual omito las cifras, porque ya se sabe que la Iglesia no dice estas cosas, pero no llegan a tanto como en la *Piazza dei Mestieri*. Pero para mí la primera preocupación, el primer desafío, ha sido contar con todos, abrazar a todos, a cada uno en su puesto, gente que yo no he elegido, tanto empleados como ciertos cargos de responsabilidad que se nombran cíclicamente, que estaban en vigor y que se mantenían.

Para mí es decisivo como criterio de trabajo, y es una de las aplicaciones de lo que he dicho antes, el abrazar, o sea, el arrancar con un punto de vista positivo, contar con todos los que me han sido dados, que yo no he puesto; desde luego los empleados y también los profesores. Y abrazarlos no de una manera sentimental, es decir, porque tengo un corazoncito que me da pena que la gente no esté ahí, sino con la preocupación, con la urgencia, de percibir en la medida de lo posible, un método comunal de dirección de trabajo. ¿Qué quiero decir con un método comunal de dirección de trabajo? Quiero decir que ese dato que me he encontrado puesto, es decir el hecho de que yo me he visto a ser llamado uno con otros que no había elegido yo, se convierta en un recurso y no en un obstáculo. Para ello uno se tiene que mover en cierto modo.

Indico tres sugerencias por las cuales estoy intentando en estos dos años, o a través de la escuela lo estoy intentando, que lo que era un puro dato de hecho se convierta en un recurso para generar esta Universidad que hay que hacer. Y hago un paréntesis, si a estas cosas a las que me voy a referir fracasaran todo el éxito posible de los estatutos, de los aspectos institucionales, etc., en realidad sería un brindis al sol, no valdría para casi nada.

¿Cómo concibo yo que pueda surgir una unidad consciente y querida allí donde inicialmente está el dato de hecho de coexistir, de muchas personas que se encuentran trabajando en el mismo sitio? Solo hago tres apuntes clarificadores a lo que me refiero. Por las circunstancias a las que me he remitido hay muchas situaciones nuevas que tenemos que afrontar sin disponer de explicaciones previas, desde los estatutos que he mencionado, hasta la invención de reglas para resolver situaciones desconocidas anteriormente como por ejemplo cómo se coordinan dos facultades cuando

antes no habían dos facultades, había solo una o ¿cómo se combinan los profesores de una facultad y de otra, cuando antes no había nada más que una.

Pues bien para mí una cosa decisiva es que todas estas provocaciones en las que tenemos que tomar decisiones frente a retos que antes no existían sean la oportunidad, en primer lugar, de fijar criterios compartidos antes que de ofrecer decisiones ya tomadas. Yo me encuentro todos los días, o casi todos los días, con que, ante situaciones nuevas que hay que resolver, yo podría elegir el camino aparentemente más rápido que es decidir, es decir, esto se hace así y esto se hace así. En cambio, el esfuerzo en el que yo me he embarcado es que las decisiones que hay que tomar obedezcan a criterios objetivos, esto es, criterios que sirvan para volver a tomar decisiones cuando haya que tomarlas. Y hay que tomarlas muchas veces. Es lento, no es lo habitual y sin embargo yo no renuncio a este esfuerzo de generar criterios compartidos al hilo de las situaciones con mayor o menor acierto, eso ya se verá, porque si no creo esa tensión a una guía comunal, simplemente, será inviable. Esto serviría en el orden organizativo.

En el orden académico hay otro aspecto de este mismo criterio que para mí es importantísimo, y es que, cuando compartimos los contenidos de la enseñanza, me urge mucho ayudar a los profesores a reconocer, a darnos cuenta de que juntos reconocemos el mismo aspecto de la verdad. Yo estoy convencido de que San Dámaso tendrá futuro si se da un reconocimiento común de lo que es verdadero y que esa será su fuerza, que es su fuerza en la medida en que sucede: cuando se da esto, es decir, cuando se puede reconocer juntos, cuando uno ve que yo estoy dándome cuenta de que eso es verdad y el de al lado también se está dando cuenta de lo mismo, es verdad. Y ese es un fundamento solidísimo, aunque sea aparentemente frágil, cuando no hay esto hay que recurrir a los sucedáneos para mantener unida una organización compleja, que son el darle la primacía a la organización o a la disciplina.

Las cosas se pueden mandar, y evidentemente hay una dimensión de la disciplina que es irrenunciable, pero no hay color entre el tipo de entidad operativa que nace cuando se reconocen juntos el mismo objetivo y el mismo ideal, o cuando alguien lo manda y los demás simplemente lo aplican sin saber ni por qué sí, ni por qué no. Que en un centro como el nuestro se dé el reconocimiento compartido de objetivos que no son empresariales, sino que son académicos, educativos, es para mí una cuestión esencial, porque si no nacerá y no se comunicará a otros una identidad propia de este lugar. Una identidad no nace nunca de la disciplina, ni de la pura organización, la identidad nace de una verdad compartida, de un ideal compartido, del reconocimiento conjunto de algo que es verdadero.

Y el tercer elemento para fomentar este trabajo comunal es que con algunas personas con las que me he encontrado allí y con otras que han llegado se da una particular relación de preferencia; es decir, yo comparto más profundamente estos ideales de los que estoy hablando ahora y estos criterios

con algunas personas, y para mí es fundamental tener este cotejo, esta comparación continua que tiende a ser lo más objetiva posible a partir de la relación privilegiada, por así decir, preferente con algunas personas.

¿A mí qué me pide en primer lugar lo que hago? Disponibilidad de tiempo, dedicar el tiempo necesario. Es imposible que sucedan estas cosas si uno no está; no sólo que esté, sino que esté disponible; aunque no basta estar y estar disponible, porque podía de nuevo ser esa generosidad que se consume. Yo tengo muy marcado el modo de estar allí, el modo de pasar las horas en mi despacho por el que pasa cantidad de personas con los temas más diversos y más inimaginables; porque por mi condición de profesor puede venir un alumno que quiere retomar una cuestión, hasta uno que quiere ver un examen, hasta visitas institucionales, hasta rectores de universidades extranjeras, hasta profesores que tienen una queja, hasta la señora de la limpieza, que me quiere decir... por no inventarme nada, yo no tengo señora de la limpieza pero todos los que están en esa casa pueden entrar en ese despacho.

Tengo siempre este criterio aquí en el rabillo del ojo, yo me pregunto siempre, ¿en mi despacho sucede algo? Cuando una persona entra en mi despacho, ¿a esta persona le sucede algo? Y sobre todo, como el que está más horas en mi despacho soy yo, ¿a mí me sucede algo en el tratar a las personas? Yo me fijo siempre en cómo entra una persona en mi despacho y en cómo sale, porque si cada vez que entra una persona en mi despacho, no sucede nada, y cuando digo no sucede nada me quiero referir por ejemplo a que sólo has hecho el procedimiento estándar de atender a la gente en lo establecido y nada más, eso es como estar cavando con la pala, como en las películas de gánster, “tenga usted la pala y vaya cavando la tumba”. Porque cada persona que entra en mi despacho, cada atención que hay que tener, es porque hay algún lío, el noventa y cinco por ciento de la gente de la gente que me viene a ver es por esto, y yo ya no me hago ilusiones, yo ya sé que quien entra en mi despacho muy raramente lo hace para saludarme o para preguntarme cómo estoy.

Ahora, si este tipo de mirada no pudiera darse continuamente, si yo no pudiera verificar que a través de atender a la gente que tiene problemas y que viene a verme les sucede algo a ellos y me sucede algo a mí, yo sólo estaría mirando en el calendario cuando cesa mi nombramiento para marcharme.

Hago solamente dos sugerencias, que ya están apuntadas; una de las cosas que me toca hacer mucho ahora, y que no hacía antes nunca, es presidir cantidad de actos académicos. O sea, se ve el tipo de trabajo que tienes por la cantidad de veces que estás en una mesa con un cartel delante, que pone que eres no sé quién. Esta es una cosa muy exigente, y es muy exigente para mí por lo siguiente. Un muy buen amigo mío me dijo esta observación: “No hables nunca sólo por protocolo; en función del acto intervén siempre al menos con una cuestión de fondo, sobre la que tú quieres formular un juicio”.

Tú quieres indicar algo, quieres ofrecer un punto de vista, una valoración, un criterio y empiezas y te das cuenta que es un modo de proceder muy

interesante; el problema es que el número de actos al que te tienes que prestar, porque todo el mundo quiere que estés allí diciendo algo, es creciente. Y es un sacrificio muy real preguntarte todas las veces a propósito de congresos, jornadas, reflexiones, seminarios, inauguraciones de cursos, presentaciones de libros y de cualquier cosa, si tú tienes una posición que ofrecer, si tú tienes algo que decir para proponer a todos. Pero yo no quiero tampoco renunciar a esto, no quiero abandonarlo, porque si me convierto en un florero para mí es un desastre, y para la institución es un desastre y medio; por eso, con el esfuerzo que conlleva, lo hago; lo mismo en mi trabajo docente e investigador.

La tentación más grande que yo puedo tener es decir que estos son años de gestión, me dedico a la gestión y ya está; y, sin embargo, por la misma regla de tres, parte del sacrificio de desempeñar este trabajo es no abandonar ni la docencia en los mismos términos de cargas docentes que yo tenía antes, ni el trabajo de estudio y de publicación en la medida que puedo, porque si no se confirmaría la idea nefasta para la Universidad de que los gestores están justificados para no permanecer en su trabajo académico; y así están nuestras Universidades.

Ya termino.

Cuando uno se atasca o se cansa, le sucede que no basta que uno se repita a sí mismo todos los razonamientos, aunque sean los mejores del mundo; ni basta que uno recuerde las magníficas conversaciones que ha tenido con gente sabia y buena, que le han hecho mucha compañía en la vida; no basta que uno se diga a sí mismo todo lo que se pueda decir. Esa relación con el Destino a la que me he referido antes es sólo la que marca la referencia con el qué hacer en un caso. Que el Destino esté presente, que Aquello que atrae por completo y cumple por ello la vida esté presente. Por eso el trabajo más intenso que yo hago en el trabajo, el único que me pacifica, es, dentro de las circunstancias que se me dan, el no darme tregua a mí mismo mientras no pueda decir efectivamente en este instante, en la relación con el Destino bueno de la vida, que yo doy un paso que me hace crecer.

El otro día, en uno de los días más tremendos que he tenido por multitud de situaciones acumuladas, me fui a casa y me sorprendí bajando las escaleras de la facultad con la cabeza llena de esfuerzos, por dar respuesta a las mil situaciones que se me habían planteado, pero por suerte, digámoslo así, por suerte, me di cuenta de que por debajo de la preocupación de resolver los problemas afloraba el hecho elemental y evidente de que bajaba contento con la carga de los problemas a cuestas, porque estoy donde tengo que estar y voy a donde tengo que ir. Es decir, porque la vida no es sólo un quehacer, sino una relación con el Espíritu.

Ettore Pezzuto

Muchas gracias Javier, muchas gracias Cristiana. Estoy muy agradecido porque hemos aprendido muchas cosas, hemos escuchado muchas cosas muy bonitas. Trataremos publicar un librito con las dos intervenciones.

Hemos aprendido que la vida es vocación y profesionalidad a la vez, porque una empresa grande bonita y educativa como la de la Piazza, si no está hecha como un ideal y por un ideal, no se sostiene. Y también una Universidad, una obra grande que nace desde dentro de la Iglesia, como contaba Javier, si no llega a tener también una trayectoria profesional empresarial, tampoco se sostiene.

*Texto no revisado por los autores